

# *España Romántica (1808-1874)*

FRANCISCO ABAD  
U.N.E.D. Madrid

## PRELIMINAR

Durante el año académico 1990-1991 el curso del Colegio Libre de Eméritos desarrollado por el prof. José María Jover ha estado dedicado a la «España romántica», a algunos «aspectos de la condición humana, de la sociedad y de la cultura en la España del siglo XIX»; estamos ante quince lecciones de hora y media cada una, del contenido de algunas de las cuales vamos a dar una idea ahora.

Se trata desde luego de una idea de lo más fundamental en la que tendremos presente la obra escrita de nuestro autor: no hay solución de continuidad entre el trabajo docente y el investigador cuando se estudia e investiga de manera personal; de otro lado nos atenderemos nada más que a lo fundamental dado que Jover es autor que a cada paso concreta y matiza, por lo que sus exposiciones resultan en alguna medida refractarias al resumen.

## LA VIDA RURAL CONTEMPORÁNEA

La segunda de las lecciones del curso estuvo dedicada al campo y la vida rural. José María Jover mantiene —de acuerdo con los resultados de la investigación monográfica— que «a través del coste social de sus desamortizaciones... la época isabelina dejó a la España de la Restauración, de Alfonso XIII, de la Segunda República, un legado sombrío y cargado de consecuencias». En efecto ya Josep Fontana indicó en su día cómo la liquidación del Antiguo Régimen se llevó a cabo entre nosotros mediante la alianza entre la burguesía liberal y la aristocracia latifundista, y con el

sacrificio de los intereses del campesinado; con posterioridad Angel García Sanz (en páginas aludidas expresamente por Jover) ha insistido en lo mismo: se trata de una transacción de nobleza territorial y burguesía liberal por la cual la antigua propiedad se convierte en propiedad nueva, y la nobleza no se oponía al proceso revolucionario y transige con la pérdida de sus atribuciones sociales. Burguesía y nobleza comparten un respeto común por la propiedad. Un caso monográfico de vida rural contemporánea al que remitió nuestro autor fue el de Tolox, pueblo malagueño analizado por José Sánchez Jiménez; acerca del mismo ilustran estas comprobaciones:

a) El pueblo ha vivido hasta muy recientemente en una permanencia anquilosada en un orden tradicional propio del Antiguo Régimen.

b) Las ocupaciones agrícolas constituyen la base de la supervivencia, ocupaciones que se mantienen inalteradas con una repetición monótona de cultivos y actividades.

c) Estamos ante una economía que no logra la propia subsistencia, con un considerable grado de escasez: resulta pues autárquica dentro de su insuficiencia.

También desde luego en este caso las desamortizaciones no llevaron a ninguna solución social y precipitaron un latifundismo —concreta José Sánchez— «territorialmente más extenso, económicamente semejante y socialmente más estéril que el anterior».

## INSEGURIDAD Y MUERTE

Caracteriza a la España romántica lo que Jover denomina «inseguridad en el curso de la vida», o sea, la presencia de guerras, enfermedades y muerte; nuestro autor se remitió en este sentido a las averiguaciones monográficas de los hermanos Peset, de Antonio Fernández y de Nicolás Sánchez Albornoz, si bien subrayando en todo caso lo que ello tiene de componente en un todo global situacional que no queda adecuadamente entendido sino en sus interrelaciones.

La enfermedad dominaría nuestro Ochocientos casi hasta finales: el cólera morbo sería nuestro huésped perpetuo a lo largo del siglo, escriben en efecto Mariano y José Luis Peset, quienes afirman además: «en el pretérito las grandes epidemias fueron dimensión fundamental del hombre español». En España las cuatro oleadas mayores de cólera del XIX supusieron unos 800.000 muertos.

El cólera de 1834, producido además a la vez que la guerra carlista, llevó en Madrid a una búsqueda psicológica de sospechosos que derivó como bien se sabe en la matanza de frailes de julio: así pues (sintetiza Antonio Fernández) «la secuencia temor popular-violencia contra grupo social sospechoso podría ser el motor de los acontecimientos... y explicar al mis-

mo tiempo la participación de milicianos, la inhibición de las autoridades y el recelo de la prensa a informar de los acontecimientos».

Luego hacia 1857 por ejemplo asistimos a una crisis de subsistencias: la protesta popular se concreta en el alboroto, la entrada en pueblos o ciudades y la revuelta con violencia; estos movimientos campesinos tienen siempre detrás de sí una escasez. «Aparte de los sucesos de 1856, las agitaciones andaluzas de 1868-69 y las de la Mano Negra de 1882 son producto, en gran parte, de una crisis de subsistencias» (Nicolás Sánchez-Albornoz).

Las crisis epidémicas y las de subsistencias se interpretan pues en el curso de la vida española ochocentista; el cólera de 1865 incide así en una situación política y económica que ya era crítica, etc. El conjunto se acompaña además de las guerras civiles, en las que una «espiral de barbarie... va envolviendo a los combatientes»; Jover insiste en la «crueldad gratuita», en los «actos de indiferencia ante el dolor ajeno que constituyen el perfecto reverso de la *humanitas* y que sitúan a quienes los ordenan, los ejecutan o los dejan hacer en la más triste de las posiciones que puede corresponder al hombre como protagonista de la historia». Nuestro autor planteó a la vez en su exposición cómo «la violencia política en el comportamiento ciudadano del pueblo español durante el siglo XIX es algo inducido desde niveles superiores de la sociedad, no espontáneo», y cómo así el cainismo no es fruto espontáneo en el pueblo español.

Guillermo Díaz-Plaja indicó hace años que uno de los sufrimientos característicos del escritor romántico se debe a la diferencia entre su voluntad personal de gloria y la gloria que realmente le otorga la sociedad en la que vive: sin duda el marco en el que tal voluntad de gloria se manifiesta es desde luego el de un curso de la vida inseguro por causa de las crisis de subsistencias, las epidemias y la guerra civil.

## UNA SOCIEDAD DUAL

La sociedad española de la época isabelina la ha caracterizado José María Jover como estamental y clasista a la vez; así como Nicolás Sánchez-Albornoz considera que la economía ochocentista es entre nosotros tradicional y moderna, de subsistencia y capitalista, «una economía dual», la sociedad isabelina que es simultáneamente estamental y clasista puede quedar considerada como «una sociedad dual», y de tal manera lo hace Jover.

Nuestro autor publicó hace años una amplia y densa monografía justamente sobre la «Situación social y poder político en la España de Isabel II», a la que remitimos para conocer su enfoque de esta sociedad dual. Datos demográficos, ordenamientos jurídicos, textos doctrinales y políticos, testimonios literarios, etc., comparecen en estas páginas que ahora no sintetizamos en detalle y en las que por ejemplo se destaca asimismo la realidad de las mentalidades de grupo: «Cerca de la frontera de las clases

populares —reflexiona Jover—, la mentalidad pequeñoburguesa se exagera, exagera sus propios rasgos, busca frecuentemente el apoyo diferenciador de un mimetismo con las clases altas; son abrumadores los testimonios literarios que nos quedan acerca de estos niveles inferiores de las clases medias... cuya mentalidad se aferra a un estilo de vida». Entre tales testimonios literarios cuentan los de Antonio Flores y doña Emilia Pardo Bazán.

Nuestro autor aborda naturalmente el mundo de los políticos y funcionarios; subraya el logro histórico que cupo a los moderados en la creación de una administración moderna, y también advierte:

Tampoco puede negarse hoy, y es lástima que Comellas lo haya intentado, el enorme valor de la aportación del partido progresista... a un liberalismo español que forma parte irrenunciable de nuestra tradición como pueblo.

Entre 1839 y 1868 se extiende el denominado «Régimen de los Generales», y a este grupo del estrato superior de la sociedad se refiere asimismo Jover; indaga los motivos del acceso de los militares al Poder, y advierte su pronunciamiento tácito continuado de signo positivo en tanto sostén del Régimen del 45.

Las clases medias que el liberalismo doctrinario tuvo por depositarias más genuinas de la soberanía popular constituían sin embargo una parte mínima de la población; estaban pues el estrato superior, estas llamadas clases medias, las clases populares privadas legalmente de todo derecho político,... Tales gentes populares encontraron en la revuelta política, en la furia urbana, la manera de actuar que cabía cuando no se poseen derechos constitucionales; además ha de destacarse muy especialmente lo que Jover llama «humanismo»: «humanismo popular» definido por... [su] generosidad frente a acumulación; solidaridad frente a individualismo:... respecto al vencido en razón de su última condición humana, frente a su trascendentalización maniquea con miras al aniquilamiento».

Asimismo ha de señalarse en la España isabelina la vigencia de un romanticismo popular que explica la boga de la novela por entregas; esta novela ha sido analizada por Juan Ignacio Ferreras, quien señala por ejemplo cómo una parte de ella defendió los tradicionales valores familiares de «la moral social y en el poder», lo mismo que en otro sentido contribuyó a reforzar el sentimiento anticlerical y antimonárquico.

En fin —sintetiza Jover— estamos ante una sociedad española que en los tiempos isabelinos es dual. Por eso en la misma

el papel principal atribuido al linaje y a la propiedad territorial... constituye el más seguro indicio de la supervivencia de formas sociales referibles a una sociedad estamental, preindustrial. Los papeles políticos desempeñados por militares... nos inducen a pensar en una sociedad burguesa inmadura, en unas clases medias de escaso peso específico económico y ciudadano que no han podido todavía promover los cuadros que exige de ellos un Estado liberal y parlamentario.

De las clases de muy bajo nivel cultural y económico —campesinos, artesanos, obreros industriales—, quedan ya destacados su humanismo popular y también el romanticismo social.

#### IDEAS Y CREENCIAS

La forma de vida y de religiosidad estuvo tratada en el presente curso sobre la España romántica; Jover hizo alusión al análisis de José Luis Aranguren acerca de la religiosidad de los moderados:

La religiosidad —interpreta Aranguren— es vivida con gesto retórico... mucho más como una actitud pública que como una auténtica disposición espiritual... Durante esta misma época ocurre... la introducción —e incluso creación dentro del país— de nuevas formas colectivas de ejercitar la caridad y de nuevas Ordenes femeninas de vida activa y servicios útiles a la sociedad.

La piedad de la devota se ha trasladado ya de las iglesias conventuales a la parroquia, y allí hace uso del reclinatorio, el devocionario y el rosario.

Otro investigador de estas cuestiones es Manuel Revuelta, quien entre muchas cosas ha hecho referencia a los religiosos de espíritu liberal: los frailes liberales recurrieron a un sentimentalismo romántico en la exaltación de la Reina niña y de su inocencia perseguida, y por igual quedaba realzada la Reina gobernadora mediante las figuras del Antiguo Testamento. «Cual otra Sara, la fiel consejera de Abraham, había ella obtenido de Fernando los decretos de amnistía de 1832... Es... la generosa Débora, que asume el grave peso del gobierno en las más críticas circunstancias».

En los años anteriores ha de recordarse el papel del clero en la guerra de la Independencia; el pueblo español estuvo entonces inducido por el mito del Rey ausente «y por la teología maniqueizante de un fray Diego José de Cádiz».

Otras creencias e ideas no eran religiosas sino políticas; ha quedado visto cómo Jover destaca dentro de la tradición del liberalismo español la aportación del progresismo. La idea de progreso aparece —recuerda nuestro autor— en el texto de «Pedro Fernández» (Antonio de Capmany) editado por Julián Marías, en el que en efecto se destaca la perpetua superioridad de los modernos sobre los antiguos y se mantiene que «la masa de los conocimientos humanos ha fermentado, se ha acrisolado, se ha perfeccionado en este siglo»;

en una palabra, el mundo es más viejo, y sabemos más... Nosotros seremos antiguos para los venideros, de aquí a trescientos años.

Los antiguos —expresa además Capmany— escribieron mucho y bueno, mas no tanto y tan bien que no dejasen a los venideros escribir más y

tratar mejor las cosas; «podemos ser mejores», acaba proclamando también «Pedro Fernández».

José María Jover advirtió asimismo la existencia de una ideología liberal ya en los años de Carlos III, asunto al que como es sabido dedicó su tesis doctoral Antonio Elorza, y que fue empezado a estudiar por José Antonio Maravall. En concreto sobre el partido progresista y el partido demócrata nuestro autor se remitió a la exposición de conjunto hecha por Francisco Cánovas Sánchez.

Cánovas efectivamente ha tratado de los dirigentes del partido progresista (Espartero, Olózaga, Pascual Madoz,...), de las tendencias dentro del mismo, de sus bases sociales (burguesía comercial y rural, intelectuales, profesionales, funcionarios, artesanos, obreros industriales), de los principios ideológicos que mantuvo hasta ser «el principal exponente en la España isabelina de la ideología liberal», de su obra de gobierno durante el Bienio (1854-1856), etc. De la misma manera Francisco Cánovas ha dedicado unas páginas más esquemáticas a tratar del partido demócrata.

#### NACIONALISMO Y KRAUSISMO

Una de las cuestiones que ha de abordar la historiografía del Ocho-cientos europeo y español es la del nacionalismo; entre nosotros ha empezado a hacerlo José María Jover, primero en su «Prólogo» al volumen XXXIV de la *Historia de España* de Menéndez Pidal y luego en unas páginas específicas. Remitimos a tales páginas, si bien recogemos de ellas cómo fueron manifestaciones del nacionalismo español entre 1854 y 1874 el concepto de la «Historia general» como producto historiográfico, la «expedición militar» en tanto manera de acción exterior, la aspiración a la «Unión ibérica» o iberismo, y el auge en el pensamiento político de la idea federal. Ciertamente el género de las Historias generales tiene mayor desarrollo en este momento, y en ese género convergen el gusto romántico por el pasado, la exigencia de rigor documental que viene del XVIII (recordemos por nuestra cuenta la obra de Mayans), y la demanda de un público lector de clases medias.

El protagonista de estas Historias generales es «la nación española» y en ellas —glosa Jover— «el narrador proyecta sobre las grandes encrucijadas que jalonan la trayectoria de su protagonista, unos criterios valorativos de raíz específicamente «nacional» que subrayan la continuidad de un *Volksggeist*, unas veces en posición triunfante y otras ominosamente doblegado». Entre los productos de este género sobresale la *Historia* de don Modesto Lafuente, según es bien sabido.

En fin, de entre las actitudes e ideas vigentes en la España isabelina y del sexenio —religiosidad romántica o «moderada», liberalismo y progresismo, nacionalismo,...—, nuestro autor destacó asimismo el krausismo; a este efecto recordó la observación de Luis Araquistáin de que el misticis-

mo latente en la conciencia de Sanz del Río y que le llevó al krausismo viene quizá de la Edad Media peninsular, lo mismo que la idea de que la especie humana forma una gran familia era ya de Séneca.

Con el saber hacer que da la experiencia docente, Jover sintetizó en el tiempo de una clase los densos capítulos primeros (en particular el II, III y IV) de la monografía de López Morillas *El krausismo español*, estudio en el que su autor expone en abreviatura:

El cuerpo forma parte de la esfera de la Naturaleza, el intelecto de la del Espíritu. Naturaleza y Espíritu son a su vez esencias finitas que en calidad de tales postulan una esencia superior... Krause llama a esa esencia... Ser Absoluto o Dios... «La Humanidad es la síntesis armónica de la Naturaleza y el Espíritu bajo la unidad absoluta de Dios».

Este ilustrativo trabajo de López Morillas posee una complejidad de contenido que lo hace refractario al resumen; para entender bien el aludido ideal de la humanidad para la vida debe leerse completo y al mismo remitimos.

## EL GIRO HISTÓRICO DE LOS AÑOS SETENTA

Las tres lecciones últimas de este curso en torno a la España de 1808-1874 estuvieron dedicadas a la cuestión del ocaso del romanticismo, a las ilusiones españolas del 68 y el posterior giro histórico de la vida europea en los primeros años setenta.

Los años de sexenio los estima nuestro autor como una etapa de anticipos en la trayectoria política y social que habrían de tener los españoles: el sexenio acertó pues con justeza sobre los tiempos por venir. Caracterizan así a la renovación de Septiembre su reconocimiento y garantía de los derechos humanos, la idea federativa, un enfoque lúcido y generoso del problema colonial, y la neutralidad en el conflicto franco-prusiano; de igual manera un poderoso aliento ético impregnó el septembrismo, y se manifestó en un «humanismo popular» que consiste —ya lo sabemos— en la «captación intuitiva del decoro inherente a la condición humana». Este «humanismo» que reconoce la dignidad propia de cada uno constituye un hecho al que es bien sensible el historiador José María Jover.

Por otra parte los primeros años setenta suponen una frontera en el desenvolvimiento de la historia europea: acaecen por entonces la victoria prusiana y la derrota francesa, el desmantelamiento de los Estados Pontificios, la Commune, el comienzo de una Gran Depresión (1873), el origen de la posterior primacía industrial alemana. Entre nosotros don Antonio Cánovas se hizo cargo con despierta sensibilidad de algunos de estos hechos y los analizó:

supo detectar en la aparición del internacionalismo obrero y en los acontecimientos de la Commune, la presencia de una gran corriente histórica que venía a poner en tela de juicio los justos títulos con que la burguesía acababa de realizar una profunda revolución en el régimen de la propiedad, apresurándose a sacralizar la situación resultante de tal revolución frente a cualquier ulterior pretensión revolucionaria. Que su reacción... fuera... tan estremecedoramente conservadora... es cosa que no resta quilates a la agudeza de su percepción (Jover).

Resulta necesario en este contexto leer por sí mismos el Discurso primero del Ateneo pronunciado por el malagueño, y el Discurso sobre la Internacional.

Ahondando más en la etapa que se inicia hacia 1870 Jover ha subrayado la tendencia general depresiva —económica y psicosocial— que va a vivir Occidente: crisis y estancamiento económico, paro obrero, pesimismo, apasionamiento e irracionalismo patrióticos que dan fortaleza a los ejércitos, satisfacción de la burguesía y a la vez temor ante el movimiento obrero. Se trata además de los años del positivismo: nuestro autor llamó la atención sobre la figura de Manuel de la Revilla, a la que ha dedicado por escrito algunas consideraciones; asimismo se remitió a la tesis doctoral de Diego Núñez en torno a la mentalidad positiva en la Restauración.

## FINAL

Queremos subrayar como muy relevante la calidad didáctica de estas lecciones: en clase del prof. Jover se respeta al alumno y se le entiende, y esto es muy visible en las mismas. Se dan en nuestros días quejas a veces muy justificadas por las cosas que no se hacen bien en la docencia y la investigación; en tal contexto la dedicación y el escrúpulo profesional de nuestro autor nos resulta ejemplar.